

Los ingenios de Eros y Thánatos: la Psique como la mercancía más peligrosa.

El criminal caso del aceite de colza en el Reino de los Bribones borbónicos

Miguel Ángel Láñez Peña
& M^a Dolores Villuendas Giménez
Entre Granada y Madrid, mayo/septiembre de 2008

... ***“Por una Humanidad más justa y más libre viviendo en un planeta habitable; y, no como ahora, un rebaño de atontad@s malmuriéndose en un estercolero químico, farmacéutico y radiactivo”***. (Manuel Sacristán Luzón: 1979).

Hablar del lado docente de un humilde y sabio ingeniero como fue Ramón Láñez Peña (1954-2008) requiere un gran esfuerzo. No es fácil expresar lo que él hacía con tanta sencillez. De sus gestos brotaba una amabilidad natural. Su generosidad se transmitía de una manera muy eficaz. Pero sus convicciones morales eran fruto de un gran esfuerzo teórico.

Si hubiera nacido en un mundo menos presionado por la **tanatocrática economía transimperialista del pornocapital** su vida habría sido, seguramente, más tranquila, mucho más pausada y bastante más duradera. Su muerte nos ayuda a pensar los miles de obstáculos que tuvo que sortear para que su laboriosa vida empezara a dar sus frutos.

Les daba cursos de formación a los trabajadores de miles de fábricas y empresas relacionadas con los sectores de las peligrosas mercancías industriales como son las elaboradas en el proceso de los gases licuados procedentes del petróleo –GLP–. Sabemos que muchos de aquellos trabajadores tenían poco aprecio por el estudio. Habían sido apartados de la escuela de una manera bastante brusca. Ramón no dejaba de pensar modos y maneras para que sus enseñanzas teóricas no pasaran desapercibidas: les ayudaba a comprender lo complejo y, a la vez, les provocaba para que no sintieran como algo impropio el trabajo que realizaban. Se hace grato el recuerdo de muchos momentos compartidos junto a él, como aquel que vivimos cuando para ilusionarlos a aquellos renqueantes estudiantes a buscar información entre las páginas de un voluminoso **Tratado sobre transporte de mercancías peligrosas** nos inventamos –o sea, ingeniamos– que buscaran durante días cuál era la mercancía más peligrosa que pudiera existir en nuestro mundo y descubrieron que la psique era esa mercancía, el uso del cerebro era realmente la más peligrosa.

Y aquellos alumnos tan especiales y tan despreciados por el tradicional sistema educativo del Reino hispánico de los Bribones borbónicos se entusiasmaban al comprobar que los presuntos sabios –o sofistas de la tecnocracia– que habían realizado los paneles de organismos internacionales como los de la ONU no **la** habían clasificado, ni siquiera se les había ocurrido la posibilidad de haber tenido en cuenta lo de considerar a la psique humana como la mercancía más peligrosa que pudiera existir. Ellos nos daban mucho juego para poder explicarles de una manera muy especial nuestra ética de la responsabilidad y de la austeridad ligada a una **psicología @evolutiva de la liberación** humana.

Y algo de todo eso es lo que pretendemos presentar en esta comunicación. Para ello nos serviremos de algunas de las hipótesis que él trabajó en su faceta de ingeniero, de investigador y de docente. Como lo hiciera cuando puso su talento a investigar el criminal caso del aceite de colza que afectó a miles de trabajadores de barrios humildes en el Reino español de los Bribones borbónicos de finales de los años setenta y principios de los ochenta de la pasada centuria. Él conocía bien ese tema. Intentaremos exponerlo de la manera más sencilla posible. Como un homenaje a su memoria personal tan original como, quizá, intransferible.

No es un problema baladí plantearse por unos momentos el abandono crónico al que han sido sometidas las clases populares en el Reino borbónico de los Bribones. Hoy en cualquier periódico se intenta poner en entredicho las reformas educativas de los últimos decenios. Pero resulta muy grave el olvido en el que ese periodismo superficial banaliza la problemática de la lucha de clases.

La fuerza de trabajo explota es una de las conclusiones de Marx en su inacabado análisis del capital. La fuerza de trabajo revienta, salta echa añicos por los aires. La idea marxiana de la explotación se puede poner en relación con el concepto energético de la explosión. Ambas realidades se explican haciendo mención a las fuerzas violentas que se generan en el mundo del trabajo humano y en los campos materiales de las fuerzas industriales.

Ramón sabía más que los ratones colorados y ponía en cuestión ambos universos materiales ante la mirada perpleja de sus alumnos que más temprano que tarde habían sido abandonados en la cuneta del subdesarrollo mental de sus facultades.

Ramón láñez era un producto muy especial de un conjunto de fuerzas sociales. De origen campesino muy humilde gracias a un defecto físico en su mano izquierda le fue dada no sin esfuerzo la posibilidad de estudiar desde muy niño. Fue internado y apartado, por tanto, de su familia. Era inaudito en los finales años cincuenta de la pasada centuria que alguien de su origen social fuera a la escuela. Por eso cuando hoy tantos defensores de la Madre Patria española se llenan la boca nos vemos obligados a poner entre paréntesis que esa supuesta patria se haya interesado alguna vez por la inmensa mayoría de sus hijos. Más bien ha jugado un papel de madrastra diabólica. Pero él hizo todo lo imposible para que ninguno de sus hermanos pudiera vivir sin recibir una buena educación.

Él se empezó a abrir camino en escuela de Formación profesional. Era muy efectivo el unir el estudio intelectual con el trabajo manual. Sin contar todos sus pasos dio pronto con algo de lo poco bueno que se produjo en los tiempos criminales de la dictadura de Franco: las Universidades Laborales. Allí aprendió a conjugar las Humanidades con los saberes tecnológicos.

Solía sacarle punta a muchas cosas. Entre otras se percató, quizá leyendo la interpretación freudiana de la conquista del fuego por parte del semidiós Prometeo, que los inventos, los ingenios eran una de las características diferenciales de los seres humanos. Y que era gracias al uso inteligente de la psique humana como los seres humanos elevaban su sociabilidad por encima de la naturaleza animal que a cada cual le correspondía. Pero era muy agudo y pese a ver que quizás Eros –*el dios griego del impulso amoroso*– pudiera estar detrás de la invención humana de la ingeniería no descartaba que ésta hubiera terminado degenerando si uno se paraba a analizar las trayectorias históricas de cualquiera de los ingenios humanos.

Sus estudiantes no estaban extraídos de ningún cuerpo especial de élite. Pero pese a que, en una primera instancia, solían rechazar a los intelectuales como miembros de un cuerpo ajeno a sus preocupaciones encontraban en la docencia del ingeniero Ramón láñez un buen ejemplo de cómo se puede aprender hasta el horror social de una manera amena y hasta placentera.

Quizá algunos de ellos pudieran recordar –como de hecho me consta por alguna que otra anécdota– la manera tan especial de meterles los conocimientos en los cursos que impartía a conductores de mercancías peligrosas. Muchos de ellos tenían tremendas dificultades para leer y escribir. Y, sin embargo, gracias a una metodología teatral basada en la paciencia dialéctica aprendían los contenidos de aquellos complicados y complejos cursos. Les estimulaba intelectualmente. Y aquellas personas le solían manifestar de manera viva y muy directa las inmensas ganas de aprender que Ramón les transmitía.

Las clases eran muy activas y participativas. Y estaban abiertas a cualquier persona del mundo industrial de las mercancías peligrosas desde bomberos hasta directores de planta. Había prácticas que ponían al alumnado en relación directa con accidentes. Y se les intentaba concienciar en el riesgo diario que su trabajo tenía.

Las mercancías peligrosas que se estudiaban eran las que se manufacturaban en las industrias. Pero Ramón advertía desde muy pronto que faltaba un tema central en la programación de aquellos cursos para conductores. Él conocía muy bien su medio. Lo estudiaba de manera muy serena. Y llegaba a la siguiente conclusión: dadas las características específicas de aquel alumnado veía que les faltaba entrar de lleno en los valores éticos que ha de tener **per se** cualquier trabajador que sepa que es lo que está haciendo en su puesto de trabajo. Él echaba de menos la toma de consciencia de los trabajadores para con su tarea laboral cotidiana. Si hace poco [Loris Campetti](#) en **II Manifiesto** ha puesto de manifiesto el estado de la cuestión respecto al irresponsable consumo de drogas estupefacientes que están adulteradas de manera inmisericorde, Ramón sabía maniobrar con aquellos trabajadores que desconocían que en sus manos se les podía poner una bomba tecnológica recorriendo a velocidades increíbles la geografía mundial. Y les hacía ver que la mercancía más peligrosa de todas las existentes no era otra que la psique humana. De ahí que haya tantos poderes malignos en sabotearla y destruirla para que la sociedad y los individuos no se hagan con las riendas ni se su ser, ni de su saber ni siquiera de su poder.

Y tenía conocimientos de los trabajos que a finales de los setenta corrían por Barcelona y que se debían, entre otros, a la pluma del filósofo Manuel Sacristán. De ahí que en sus cursos les hiciera tomar consciencia del vertedero químico, farmacéutico y radiactivo en el que miserablemente nos estamos malmuriendo. Y para saber salir de ese túnel se debería aprender a usar la psique de una manera responsable, libre y subversiva.

Dar cuenta de lo que pasó con el aceite de colza a finales de los años setenta en el Reino borbónico de los Bribones no es tarea nada fácil. Aún existen muchos obstáculos para poder investigar lo que realmente sucedió. Los poderes político, económico y mediático han tejido unas formidables mallas para que casi nadie pueda saber a ciencia cierta lo que realmente sucedió.

Tanta ignorancia, según nuestro planteamiento, obedece a una estrategia de poder claramente realizada. Estrategia que sigue el mismo esquema que la implantación de un **gnoseocidio** desde que fueran lanzadas las bombas atómicas en Hiroshima y en Nagasaki. El poder imperial se nos desea presentar a diario como si fuera único, incuestionable e intocable. El electoralismo seudodemocrático que se ha inventado desde entonces teje sus marañas para que nadie pueda ni siquiera desnudarlo.

En el libro de Alfredo Grimaldos **La CIA en España** se nos apunta una grandiosa hipótesis sobre lo que pudo haber sucedido en el Reino de los Bribones borbónicos en torno al *aceite de colza*. Curiosamente el aceite de colza ha quedado en las mentes de los súbditos analfabetos de ese Reino como si fuera un veneno de lo que se está hablando. Sólo pronunciar sus términos hay gente que siente un pavor psicológico. Hoy en día pronunciar la expresión esa entre ciertos grupos de las analfabetas y muy divertidas –en clave pascaliana, por supuesto– clases populares hispánicas es sinónimo de enfermedad provocada, de una epidemia inventada y fabricada. No están de hecho muy desencaminadas, pese a que yerren en la comprensión en la cadena de producción de semejante mal. Pero no ha habido ayudas que puedan investigar y pudieran poner en tela de juicio lo que les aconteció a miles de habitantes en unos muy determinados barrios pobres de algunas grandes ciudades españolas.

Ramón Iáñez barruntaba una hipótesis compleja y alternativa a la de Alfredo Grimaldos. Este último en su libro citado hace alusión a unos experimentos yanquis con tomates en los invernaderos almerienses. Se debería de profundizar más en esa línea. Sin

embargo, la hipótesis que manejaba Ramón creemos que pudiera ir más al núcleo de la cuestión. Él sabía –por su trabajo de ingeniero– de las maldades que habitan en la psique de los sujetos que arriban a instancias económicas del poder político.

A finales de los años setenta muerto ya el Generalísimo militar de las matanzas en 1975 se desata en España una lucha a muerte por los diferentes poderes. Determinadas élites supieron manipular determinadas áreas de producción. El aceite de oliva fue clave para generar riquezas hasta entonces desconocidas. Este aceite formaba parte en la dieta diaria de la cocina popular española. Pero la estrategia económica diseñada en los despachos ministeriales pasaba por elevar su precio a valores impopulares. Se vendieron las redes de envasado y comercialización a capitales extranjeros. Para ello se decantaron por empezar a introducir otros tipos de aceites para consumo popular como los de girasol o los de colza. En poco tiempo este último empezó a ser consumido con voracidad. Pero los acuerdos internacionales eran firmados desde una óptica proteccionista. Se quedaron cortas las importaciones para el exceso de demanda que ese aceite de colza comenzó a generar. Eso no importó mucho a los estrategas de la picaresca. Con el tiempo documentos de primerísima validez desaparecieron. Se deja que el azar explique las correlaciones causales.

En poco tiempo la demanda de aquel desconocido aceite de colza fue creciendo y se fue satisfaciendo. Cómo. Miles de camiones empezaron a atravesar las fronteras españolas transportando aceite de colza de contrabando. En las aduanas pasaban toneladas como si fuese aceite para máquinas industriales. En las cisternas se vertían unas pequeñas cantidades de unas sustancias químicas nocivas para el consumo humano pero que no averiaban las máquinas a las que hipotéticamente iban destinados aquellos aceites industriales. La catástrofe social se comenzó a generar cuando aquellos compuestos empezaron a ser vendidos a granel. Ni en hospitales ni en ningún despacho político se sabía de la trama. La ignorancia hizo su gesta y realizó el resto.

Políticos avispados supieron estar a las maduras. Lo vergonzoso fue que ministros y demás criminales de élite actuaron de manera impune. Hasta el ministro de Sanidad desconocía el nombre de las sustancias que se vertían en las cisternas. Y dio en la prensa impagables lecciones de indocta ignorancia. Cómo olvidar su disertación ante la prensa acerca de la muerte súbita de cualquier microbio ya que si él lo empujaba con su mano ese posible bichito no superaría con vida su mortal golpe contra el suelo.

Y es que si algunas lecciones pudiéramos extraer de aquellos hechos es aquella que pasa por el estudio de la adulteración de la psique en la suciedad nuclear contemporánea como la mercancía más dañina y peligrosa. De ahí que no sea nada extraño que se traten de anular todas aquellas esferas que puedan de hecho mucho que ver con la formación de una personalidad libre, austera y responsable.

Hay que repensar lo que nos ocurre. Y hay que elaborar nuestro trabajo yendo más allá del malestar freudiano. Hay que llegar hasta ese lugar donde nos cita a diario la muerte: el plusvalor de la pena capital. Y empezar a tomar nota de sus nucleares maleficios. Sin esa toma de consciencia nuestra psique no es más que el polvo residual de unas infravidas que son inutilizadas y que brutalmente saltan hechas añicos por los aires en una mera cadena de desperdicios vitales. No tenemos por qué ser simples mercancías como las de los Gases Licuados del petróleo (GLP) que como muy bien les enseñaba el ingeniero Ramón Láñez a sus alumnos no tiene por qué sonar explosivamente a ser **gilipollas** del sistema tanatocrático del pornocapitalismo realmente asfixiante en el que nos estamos malmuriendo a diario con nocturnidad, premeditación y alevosía.